

Mateo 25:31-46

Mateo 25:31-46 Nov. 6, 1993, Año Nuevo 2015, Cristo Rey. Dan. 7:13,14; Apo. 1:4b-8; Juan 18:33-37.

31 Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria; 32 y todas las naciones serán reunidas delante de él. El separará los unos de los otros, como cuando el pastor separa las ovejas de los cabritos; 33 y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. 34 Entonces el **Rey** dirá a los de su derecha: “¡Venid, benditos de mi Padre! Heredad el reino que ha sido preparado para vosotros desde la fundación del mundo. 35 Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recibisteis; 36 estuve desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí.” 37 Entonces los justos le responderán diciendo: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te sustentamos, o sediento y te dimos de beber? 38 ¿Cuándo te vimos forastero y te recibimos, o desnudo y te vestimos? 39 ¿Cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y fuimos a ti?” 40 Y respondiendo el Rey les dirá: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis.” 41 Entonces dirá también a los de su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. 42 Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; 43 fui forastero, y no me recibisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.” 44 Entonces le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos?” 45 Entonces les responderá diciendo: “De cierto os digo, que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco lo hicisteis a mí.” 46 Entonces irán éstos al tormento eterno, y los justos a la vida eterna.

Al acercarse el fin del año de la iglesia, conviene también meditar en el fin de todas las cosas. Cristo no nos ha ocultado lo que ocurrirá en ese día. Advierte que es el día en que perecerá todo lo que pertenece al mundo tal como lo conocemos. Y todo el mundo será reunido para ser juzgado. Nuestro texto de hoy nos da un retrato, en las palabras del mismo que será el juez, de lo que ocurrirá en ese día tan importante. Ud. y yo estaremos allí

ese día, y lo que nuestro texto revela no es solamente información inútil y académica, sino se nos da para nuestro provecho, para que ese día no sea para nosotros un día de horror y espanto sino uno de gozo y alegría. Meditemos, entonces, en el tema: El gran día del juicio. Veremos 1. el rey que juzgará, 2. El juicio que hará. 3. La evidencia para su juicio. 4. El destino de los que son juzgados.

El mismo Cristo que en el tiempo de su primera venida a la tierra era tan manso y humilde, tan débil e impotente, que no protestó cuando los soldados romanos lo llevaron y lo clavaron en la cruz, cuando vuelva la segunda vez lo hará con toda su gloria y resplandor. Cristo será el rey que juzgará. “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria y todos los ángeles con él entonces se sentará sobre el trono de su gloria”. Cristo aparecerá en toda su gloria y resplandor. Ya nadie le podrá despreciar y pensar que sea una persona sin importancia. Será evidente que Cristo es el mismo Dios, con todo el derecho y con todo el poder para juzgar. Conoce la condición humana, porque es uno de nosotros, pero a la vez es el Dios todopoderoso. “Y también le dio autoridad para hacer juicio, porque él es el Hijo del Hombre”.

Hay un gran consuelo para el cristiano en el hecho de que es el Hijo del Hombre el que juzgará en el último día. Es el mismo que vino a la tierra para buscar y salvar a lo que se había perdido. Es válido también en ese día lo dicho por San Pablo, que “Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores”. No olvidará su gracia y misericordia en ese día, para repentinamente condenar a los mismos a quienes había mostrado misericordia y perdón durante su vida aquí en la tierra. Los creyentes, al pensar en el juez en el día del juicio, siempre deben recordar que ese juez es su Salvador, que dio su vida por ellos, y que ha buscado para ellos solamente su eterno bien. Seguramente, los que han confiado en y amado a este Cristo que se ha revelado como misericordioso y perdonador en su palabra, no tienen que temer encontrar a otro Cristo con otra disposición en el día del juicio.

Este Cristo, el juez del mundo, reunirá a todos delante de él. Nuestro texto dice: “todas las naciones serán reunidas delante de él”. Esto incluye no solamente a los que vivan en el momento de la venida de Cristo, sino todos los que han vivido en toda la historia del mundo. “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho por medio del cuerpo, sea bueno

o malo”. Nadie debe pensar que escapará ese día. Los que queman sus cuerpos o de otra manera piensan que harán imposible que Dios recomponga sus cuerpos sólo muestran su propia necesidad y falta de comprensión. La palabra no puede ser más clara. Todos compareceremos. “Vi también a los muertos, grandes y pequeños, que estaban de pie delante del trono, y los libros fueron abiertos. Y otro libro fue abierto, que es el libro de la vida. Y los muertos fueron juzgados a base de las cosas escritas en los libros, de acuerdo con sus obras. Y el mar entregó los muertos que estaban en él y la Muerte y el Hades entregaron los muertos que estaban en ellos; y fueron juzgados, cada uno según sus obras”. También Cristo mismo declara en el Evangelio de Juan: “Vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán, los que hicieron el bien para la resurrección de vida, pero los que practicaron el mal para la resurrección de condenación”.

No tenemos que debatir, entonces, si vamos a tener que pasar por ese día. Todos lo haremos. La cuestión importante, luego, es qué será el veredicto en el caso de cada uno de nosotros. Veamos, entonces, **el juicio que hará**. Nuestro texto nos informa: “El separará los unos de los otros, como cuando el pastor separa las ovejas de los cabritos; y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda”. Vemos aquí dos grandes grupos en que se divide toda la humanidad. Pone a unos a la derecha. A ellos se les llama las ovejas. Al otro lado van los que se llaman los cabritos. ¿Pero qué significan estos dos términos en relación con el día del juicio? El término “ovejas” nos recuerda otro nombre para este gran juez. El mismo declaró durante su tiempo aquí en la tierra: “Yo soy el buen pastor”. Los creyentes siempre han cantado: “Jehová es mi pastor”. Los salmos describen a los creyentes como “ovejas de su prado”. Y lo que caracteriza a las ovejas es que reconocen y siguen la voz de su pastor. “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen. Yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las ha dado, es mayor que todos; y nadie las puede arrebatar de las manos del Padre”. Las ovejas, entonces, son los que oyen la voz de Cristo, el buen Pastor, los que escuchan y creen el mensaje del evangelio, que confían en Cristo y sus promesas de salvación. Son los que creen en ese Buen Pastor que pone su vida por las ovejas, obteniendo para ellos redención y perdón de los pecados. Los cabritos, por otro lado, son los que se rebelan contra la voz del Buen Pastor. Como dijo Jesús a los que lo rechazaban mientras andaba con ellos, “Los que son de Dios las palabras de Dios oyen, por esto no las oís vosotros, por cuanto no sois de Dios”.

Así vemos no solamente el hecho del juicio, y las dos clases en que se dividirán todos los seres humanos, sino también la base para el juicio. Es la base que Cristo ha declarado cuando estaba aquí, que “El que cree en él no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios”. Es la fe en **Cristo**, el Hijo de Dios, o la falta de ella, lo que determinará nuestro destino eterno en aquel gran día.

“Entonces el Rey dirá a los de su derecha: ¡Venid, benditos de mi Padre! Heredad el reino que ha sido preparado para vosotros desde la fundación del mundo”. El Señor conoce a los que son suyos. No hay necesidad de una investigación prolongada, de un largo pesar de la evidencia. El que juzga, hace tiempo que los tiene en su corazón. Son sus amados, sus redimidos. Los ha comprado con su preciosa sangre, los ha llamado a la fe, les ha dado la confianza en él y en su salvación. De hecho, los ha conocido y los ha destinado para ser suyos desde la eternidad, y ahora les ha salvado por su gracia. Así ya desde el primer momento les libra de todos los que les eran contrarios, de todos los que les persiguieron a ellos y a su Señor. Les pone desde el principio en la posición de honor, a su mano derecha. y abre para ellos las puertas a la eterna bienaventuranza en el cielo. Son los benditos de su Padre, y heredarán el reino de su Padre, para que estén con él y su Cristo por toda la eternidad.

Pero el lado izquierdo en este texto es una posición de deshonra y oprobio. No tienen ninguna participación en las bendiciones de este Salvador. No porque Cristo no quería también su salvación. Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo. Cuando Cristo murió en la cruz actuaba como el Cordero de Dios que quita el pecado no de unos cuantos, sino del mundo. Y en el evangelio la bendita invitación sale a todos por igual: “Reconciliaos con Dios”. Como al carcelero en Filipos sale el anuncio a todos los pecadores: “Cree en el Señor .Jesucristo, y serás salvo”. El problema no está de lado de Dios, de Cristo. ¿Qué más podría haber hecho para los pecadores que tomar su culpa sobre él, tomar la copa de la ira y castigo de Dios por el pecado hasta la última gota?

Cristo hizo esto. Es la propiciación de los pecados de todos. Y Dios ha dirigido el mensaje de esta reconciliación a todos los hombres. “Predicad el evangelio a toda criatura”. No, el problema no está de lado de Dios, sino de los hombres que rehúsan creer el evangelio. “Vosotros no quisisteis” tuvo que decir Jesús a los habitantes de Jerusalén, y lo mismo tiene que decir de grandes masas de gente hasta el día de hoy. El que cree

y es bautizado será salvo: pero el que no cree será condenado”.

Pero éste es un juicio público, así que Jesús dará también evidencia que será abierta para todos de la justicia de su veredicto. “Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero. y me recibisteis; estuve desnudo, y me vestisteis: enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí”. Cristo destaca aquí las obras de misericordia que han hecho sus ovejas. Son las obras del Quinto Mandamiento, obras que han fluido de su fe. No han estado buscando un premio, ni esperando que estas cosas sean tomadas en cuenta como mérito de su parte. Lejos de esto, expresan su sorpresa de que el Salvador mencione estas obras. “Entonces los justos le responderán diciendo: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te sustentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te recibimos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y fuimos a ti?’ Y respondiendo el Rey les dirá: ‘De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis’”. Lo han hecho para Cristo. Como ya eran salvos por su gracia, estaban libres para realmente comenzar a servir a Cristo al servir a sus hermanos más pequeños, a los hermanos cristianos más humildes y más necesitados. Habían recibido de gracia, y libremente daban, no con miras a un premio, sino solamente porque vieron la necesidad.

Notemos que no se menciona ni uno solo de sus pecados. ¿Será que han sido santos perfectos en su vida? Claro que no. “Todos han pecado, y están destituidos de la gloria de Dios”. Pero la sangre de Cristo les ha lavado de todos sus pecados, y ahora “ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”. De las ovejas se mencionan solamente aquellas obras de misericordia que proveen la evidencia de que tenían una viva fe en su Salvador, mientras todos los pecados han sido perdonados y pasados al olvido. ¡Ni en ese gran día saldrán otra vez a la luz para condenar o atribularnos!

Pero de los cabritos dice: “Entonces dirá también a los de su izquierda: ‘Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recibisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis’”. Entonces le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos?” Y él les responderá diciendo: “De cierto os digo, que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco lo hicisteis a mí”.

Finalmente, debemos notar el destino de los que son juzgados. De los cabritos dice: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”. Hay un infierno, un lugar de fuego eterno, y habrá hombres allí. “Entonces irán éstos al tormento eterno”. Pero notemos bien que Dios no hizo el infierno para el hombre. Lo hizo para el diablo y sus ángeles. Dios quiere que todos los hombres sean salvos, y lleguen al conocimiento de la verdad. De hecho, todo el propósito de Cristo en darnos esta información acerca del día del juicio es para que no vayamos a ese lugar de tormento eterno. Porque no es demasiado tarde. Mientras estamos aquí y suena la voz del evangelio, invitándonos a traer todos nuestros pecados a Cristo para ser perdonados por él, la puerta al paraíso queda abierta, para que por fe podamos entrar. Hagámoslo ahora, para que en aquel gran día oigamos las benditas palabras de los labios de aquel que conocemos como nuestro Salvador: “¡Venid, benditos de mi Padre! Heredad el reino que ha sido preparado para vosotros”. Entonces, por la gracia de Cristo, ciertamente iremos a la vida eterna. Dios lo conceda así a todos nosotros. Amén.